



El Sentido de las Alas Ajenas

"Camino de las horas", el clásico libro de Pedro Prado, del cual acaba de salir a luz una nueva edición (Nacimiento), nos da pie para recordar algunas de las leyes psicológicas que rigen sobre tal especie de composición métrica. Se ha dicho que es la más difícil de manejar, pues su extrema concisión impone al poeta una serie de limitaciones. Pero no siempre se recuerda por qué es tan difícil, esto es, en dónde estriba su dificultad.

La simple medida no basta. El soneto ha de componerse de catorce versos de once sílabas cada uno, si bien los hay de medidas mayores y menores. Inclusive se da, por gala, en la literatura de lengua española el sonetillo, y en Chile un bardo ya olvidado, Belisario Guzmán Campos, logró hacer, un soneto de versos monosílabos, alarde curioso y nada trascendental pero digno de figurar en la historia del soneto, si alguna vez se le escribe.

En seguida, aquellos catorce versos han de distribuirse como se sabe en dos cuartetos y dos tercetos, división que no es gratuita en absoluto, merced al artificio de las rimas en que se han de enlazar aquellas unidades métricas. No las analizaremos: para eso están los tratados de métrica, ciencia, sea dicho al pasar, que en Chile ha tenido ilustres cultivadores.

Lo que de verdad importa en el soneto es el curso lógico que deben seguir las sugerencias espirituales de que el verso es vehículo, la trabazón de las partes, el valor de epifonema que debe cobrar el verso final o, en algunos casos, el último terceto; todo ello en el entendimiento de que el soneto, generalmente, se escribe para demostrar algo, probar una verdad, sentar un principio o, si se quiere, exponer un descubrimiento. Estas palabras, demostrar, probar, etc., suenan más a lógica que a poesía. Y la verdad es que el soneto, les guste o no a los poetas de ahora, muestra a lo largo de su historia una base lógica que no será fácil desconocer. Es usual que el poeta de hoy se burle de la lógica y de sus consecuencias, pero sea cual fuere el uso de ahora, no podría desconocer la presencia de ella en los sonetos de Argensola, Lope, Góngora y demás sonetistas de fama ya consolidada, todos los cuales al escribir tales sonetos siguieron fiel y puntualmente determinados preceptos.

Ahora bien, ¿y para qué el soneto sigue esa marcha y guarda esa trabazón? En realidad el soneto posee una armazón que podríamos llamar silogística, no por alusión al silogismo propiamente dicho, sino por la similitud que hay entre uno y otro. El soneto plantea un problema y procura resolverlo; lanza un principio y aspira a demostrarlo, pero para ello hace uso de las palabras en su calidad de imágenes mentales y no de instrumentos demostrativos de la certeza lógica, salvo el caso en que ambas cosas del uso de las palabras se den paralelamente y sin conflicto.

Si aplicamos estas rápidas nociones a los sonetos de Prado congregados en "Camino de las horas", cuya primera edición fue hecha en 1934, vendremos a aceptar, por ejemplo, cómo ellas se cumplen más o menos cabalmente en algunos. Cuando el autor afirma que "circulan en nosotros nuestros muertos", denuncia una verdad física y material; pero el poeta, pensando en imágenes, llega al epifonema diciendo:

La oculta sucesión de mis abuelos
es luz de mi pensar, es el latido
que sostiene a mis alas en sus vuelos.

El poeta, en suma, ha transmutado en imagen poética lo que es, en sus inicios, una verdad científica. La "idea poética", en algunos

casos, no es tan precisa y clara cual nos la ofrece el ejemplo anterior. Véase otros sonetos en donde el autor habla de "mil gorriones": ellos se han reunido en la plaza, para cobijarse entre las ramas de los árboles a la caída de la tarde. Pero no están solos: hay en la plaza un hombre, y de él nos dice el poeta:

Como una abeja que al lagar cayeta,
envuelto en el gran cántico se

embriaga;
vuela su pensamiento que divaga,
hacia esa palpitante primavera
Y entre gorriones mil, estremecido,
ensaya aquí su canto en el olvido!

No nos dice el poeta si el hombre quiere imitar a los pájaros, pero si que "el gran cántico" lo embriaga o, si se prefiere, se lo lleva consigo. La misma "idea poética" había sido desenvuelta por Pedro Prado en su libro "Los pájaros errantes", en donde después de ver pasar millones y millones de estas aves sobre el mar, en plena noche, sintió que el canto las unía y quiso, en fin, añadir notas suyas a la sinfónica armonización de aquellas gargantas. En ambos casos, el autor atiende a trabar estrecha comunidad entre el ser humano y el animal, aves cantoras esta vez, las cuales forman parte esencial de su cosmos, pues no es vano Prado es asimismo el feliz e inspirado autor de "Alano", es decir, del manco que vuela con alas de su propia carne.

Si juzgamos la obra de Prado en conjunto y buscamos en ella una señal de síntesis, una imagen unificadora, fácil nos sería dar con el ave, magnético centro de la visión del poeta en reiteradas instancias. Si vamos más lejos, veremos que allí, en el ave, el poeta alisa, para elogiarla, a las alas y en seguida al canto, el cual posee ritmo, aun cuando sea el más informe de todos. Sin embargo, queda todavía por considerar otro aspecto: el vuelo. Lo que Prado quería conocer por dentro, para sentir todas las embriagueces inherentes a él, era el proceso por medio del cual el ave se cierne en el aire, vence la ley de gravedad, sondea el espacio, se lanza hacia indeterminados horizontes y alisa a lo lejos, sea buscando una presa, sea recordando la distante querencia. Miraba volar a los pájaros, y ansiosamente intrigado por sus hábitos, los llevó a su obra una y varias veces.

En "La casa abandonada" existe un pequeño poema en prosa que sería oportuno recordar, tanto más cuanto que es aquel uno de los libros más olvidados de su autor. Describiendo los andares del cazador, el poeta dice: "Una, dos, cinco veces disparé mi escopeta. Satisfecho de mi venganza, recogía mis víctimas y desplegaba entre mis dedos los pequeños abanicos ensangrentados de sus alas. Todo inútil: no comprendemos el sentido de las alas ajenas".

La obra entera de Prado, en el verso y en la prosa, bajo forma de novela o en pequeños ensayos, poemas y parábolas, podría ser, pues, un denodado intento para captar el secreto sentido de las alas ajenas. ¿Para qué vuelan? ¿Hacia qué espejismo que no vemos imantan su vuelo? ¿Dónde reposan? Nada sabemos de cierto, y en medio de esta profunda oscuridad, de esta sombra persistente y sistemática, venga a nuestras manos, otra vez, el amable libro, "Camino de las horas", para irnos indicando, en pequeñas estancias llamadas sonetos, los recintos donde Prado alojó partes de su rica intimidad de hombre y de poeta.

Raúl Silva Castro,
de la Academia Chilena

El sentido de las alas ajenas [artículo] Raúl Silva Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Silva Castro, Raúl, 1903-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El sentido de las alas ajenas [artículo] Raúl Silva Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile